

*Oasis de Baharia. Egipto. África.*

*1680 Anno Domini*

Corre la primavera de 1680 de la era del Señor. Y aquí, en medio de este mar de arena agitado a veces por el siroco, siento la necesidad de dejar en este mundo como herencia la única propiedad que tengo: la historia de mi vida; si es que resulta legítimo considerar la historia de la vida de uno como propia.

En el oasis de Baharia, en el desierto egipcio, no muy lejos del Cairo, tomo papel y pluma y comienzo a escribir algo que ni siquiera yo sé lo que quiero que sea. Tal vez, sólo una reflexión escrita.

No sé, a ciencia cierta, lo que he sido ni qué profesión he tenido. Solamente sé que mi vida ha discurrido por los cauces que el azar, el destino, la providencia, el mismo Dios, o una combinación de los cuatro, me han querido trazar. ¿Pero, es que acaso hay que saberlo todo? ¿No sería esto pecado de soberbia por querer asemejarnos al Hacedor, que todo lo sabe?

Como cualquier persona, con el paso del tiempo fui adquiriendo criterio sobre algunos aspectos fundamentales. Es probable que éste criterio venga conformado por el entorno y las relaciones mantenidas a lo largo de la existencia. Sobre el libre albedrío, me quedo con la idea de una persona que conocí hace ya muchos años: “nadie puede elegir su propio destino”, tal como él dijo.

Retirado en éste lugar, viejo ya, y casi proyecto de cadáver; antes de que las fuerzas me abandonen definitivamente y pase a formar parte del polvo como nos auguran las Sagradas Escrituras, quisiera recopilar y dejar escritos aquellos eventos de los que he sido protagonista, observador y depositario, que sumados a este exilio espiritual voluntario, es más que probable que hayan configurado mi mundo racional e instintivo.

Quizá alguien me lea. Quizá sea un viajero que pasa por aquí en una caravana de comerciantes, o camino de algún lugar de peregrinación sagrado. Quizá alguien hojee éste legajo (si es que llego a terminar lo que hoy empiezo). Quizá alguien, atento o despistado, en cualquier caso paciente, lo que aquí descubra cambie su vida para siempre.

El día que estampe mi firma en el escrito que hoy empiezo, estaré listo para morir. Nada más quedará de mí.

Me llamo Florián Manrique, nací en Zaragoza, una ciudad de España. Las circunstancias me llevaron a conocer a don Martín Fonseca. Probablemente, el último gran maestro alquimista. Me dijo haber obtenido el secreto del Gran Arcano de los escritos de Nicolás Flamel y Tomás de Aquino.

Flamel sigue vivo según un santón que llegó al oasis hace unos días. Decía haber estado hablando con él en Turquía, el país de los derviches. Vivía en la antigua ciudad romana de Efeso donde predicó San Pablo, y no muy lejos de la casa donde murió la Virgen.

Quizá quien lea esto se pregunte qué tiene de asombroso que un hombre llamado Nicolás Flamel siga vivo. Si es así, en verdad es extraordinario, pues Flamel nació en el año 1330 y, según dicen algunos, falleció en el 1417.